

Los Congresos Eucarísticos Internacionales.
Ilmo. y Revdmo. Mons. Juan-Miguel Ferrer y Grenesche.

Mesa redonda
Sábado, 18 de febrero

Congresos Eucarísticos Internacionales, ¿también testimonio de adoración?

Permítanme que ofrezca mi aportación a esta *mesa redonda* realizando una serie de preguntas a las que yo mismo iré respondiendo. No son puramente retóricas. Están en el ambiente, libros de actualidad plantean respuestas a algunas de ellas. Yo, aquí, muy concisamente, pero con plena responsabilidad ofrezco mis respuestas. Conviene que nos ayudemos a reflexionar sobre ellas y, ojalá seamos capaces de promover una respuesta acertada a las inquietudes que laten tras ellas.

1. ¿Adoraban los primeros cristianos?

Desde la institución de la Eucaristía, y singularmente desde las primeras eucaristías de la Comunidad apostólica, la *adoración* formaba parte de la celebración cristiana. No se trata sólo de algunos gestos, era algo connatural a la fe profesada, al reconocimiento de Dios como Dios. La adoración nace de la criatura que se reconoce amorosamente dependiente. En el Creador tiene su origen y su conservación. Las plegarias judías para la mesa estaban empapadas de esta convicción. Así el creyente, reconociendo esa dependencia radical, descubre su propia razón de ser en la entrega confiada y total a Dios, a su voluntad. La respuesta de María al Arcángel en la Anunciación es expresión de esta actitud religiosa de verdadera adoración: “*aquí está la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*”.

2. ¿Fue Cristo adorado en la Iglesia primitiva?

La fe cristiana, reconociendo a Cristo como Dios Hijo de Dios, suscita esta actitud respecto al mismo Salvador. Lo adoraron en primer lugar los *Magos de Oriente*, cuando se manifestó a ellos al nacer; lo adoraron luego sus *Apóstoles* y *discípulos*, como narra san Lucas al final de su evangelio, cuando asciende glorioso a los Cielos. Estas adoraciones a Jesús, son aceptación plena de su Persona y de su Palabra, son compromiso de obediencia, aceptando su mandato, secundando su envío misionero.

La adoración cristiana es adoración a la Trinidad Santísima y es particularmente adoración a Cristo que revela el misterio de Dios y da a los seres humanos acceso al mismo. Por ello la adoración cristiana es primariamente adoración por medio de Jesucristo a la entera Trinidad. Esta adoración envuelve toda la celebración de la Iglesia, pero singularmente la Santa Misa, la Divina Liturgia, donde la Iglesia participa en la adoración del Cielo, descrita en el libro del Apocalipsis, y aprende a hacer realidad lo que pide en su oración, fiel a la enseñanza del Salvador: “*hagase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo*”.

3. ¿Cómo se fue desarrollando la adoración en la Liturgia cristiana?

En toda Eucaristía la adoración se hace presente, singularmente a lo largo de las Plegarias Eucarísticas y en el momento de participar en el Sacramento mediante la comunión. Son elocuentes los gestos de adoración que se alternan con las eulogías en las Plegarias de escuela alejandrina. Estremecedores los gestos que acompañan en la Liturgia Bizantina al traslado de las especies eucarísticas los viernes de Cuaresma, cuando se celebra la liturgia de los “presantificados”.

También la Misa romana se fue llenando de gestos directos de adoración a Dios por medio de la adoración de las Sagradas Especies, gestos que querían neutralizar el pernicioso efecto de las sucesivas herejías, que oscurecieron la verdad sobre la Eucaristía y la transubstanciación.

En la edad media, colocando la Reserva Eucarística en la iglesia a la vista de los fieles, con las procesiones y exposiciones eucarísticas, surge por primera vez un culto de adoración más allá de la celebración eucarística.

El oscurecimiento social de la fe desde el siglo XVIII, en Europa, se topa con la respuesta de fe de un culto público de adoración eucarística, que se desarrollará especialmente desde esa época y que adoptará diversas formas: cuarenta horas, adoración nocturna, adoración perpetua y Congresos Eucarísticos.

Por desgracia, este desarrollo de una adoración eucarística fuera de la Misa, no se dió siempre en relación a una creciente participación en la Eucaristía. Unas veces desconectados, otras haciéndose la competencia. Lo cierto es que el siglo XX, con la reforma del Concilio Vaticano II, trae consigo un redescubrimiento de la celebración eucarística y de la comunión, como bases de una piedad eucarística, que se proyecta sobre la persona entera y la realidad social que la rodea transformándolas.

4. ¿Cuál ha sido la evolución de los Congresos Eucarísticos?

Los Congresos Eucarísticos Internacionales, nacidos para hacer confesión pública de nuestra fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía se convierten después, sucesivamente, en plataforma para asegurar la “comunión eucarística”, (frecuente y desde la infancia), y, luego, en ocasión para mostrar la fontalidad de la celebración de la Misa en la vida del cristiano, momento de iniciación a la participación eucarística, activa, consciente y fructuosa, y, si fructuosa, buena para renovar nuestras vidas y el mundo conforme a la caridad. Gran y espléndido camino, recorrido por la Iglesia en los últimos “50” años.

5. ¿En qué punto está hoy la adoración eucarística?

Pero también es cierto, que sin quitar nada a la centralidad de la celebración en la piedad eucarística cristiana, desde hace unos años se viene produciendo un curioso fenómeno de redescubrimiento del *culto eucarístico fuera de la Misa*, singularmente bajo la forma de adoración prolongada e incluso adoración perpetua. Hoy el movimiento eucarístico es la realidad que mueve a mayor número de fieles en el mundo.

¿Cómo es esto posible? Se trata, para algunos, simplemente de pietismo o de involución. Pero muchos señalan este fenómeno, entre ellos Benedicto XVI (Vid. por ej. su catequesis de los miércoles dedicada a *santa Juliana*, recogida por la Federación Mundial en su volumen dedicado a los CC años de la Adoración Nocturna Romana, editado por esta Universidad que nos acoge hoy), como un “soplo o impulso del Espíritu Santo”.

De ser así, evidentemente, ninguna negación de los logros sobre la celebración y su conexión con la vida del Vaticano II, sino la integración, junto con estos, de otros sobre la centralidad y fontalidad, la presencia y la fidelidad de Dios en la vida entera.

6. ¿Cuál es el contexto cultural y eclesial que vivimos, para encuadrar este fenómeno?

Vivimos en un mundo en el que el fenómeno social más característico del momento es el “ateísmo de masas”, que se traduce en una secularización radical de la cultura. Siempre hubo ateos, pero el ateísmo como fenómeno social aparece en la Europa de *entreguerras*. Los horrores de la guerra de desgaste en las trincheras de la I Guerra Mundial, las armas nuevas destructivas y crueles, las consecuencias sobre la población fueron un escándalo. ¿Cómo puede haber Dios y permitir esto? La II Guerra Mundial, los crímenes de guerra, la espiral de armas cada vez más destructivas, la implicación de toda la población en la guerra, los desplazamientos masivos de

población, los exterminios... ¿Cómo puede haber Dios? Una *náusea* escéptica se extendió por la cultura rechazando la idea misma de Dios. Y el ateísmo científico o práctico se enseñoreó del mundo cultural casi a escala planetaria. Y las guerras, frías o calientes no han cesado en los últimos 60 años y junto a ellas una educación que se ha esmerado en “divulgar” las posiciones de los intelectuales ateos de la segunda mitad del siglo XX. Hasta el punto de sentirse desde algunos ambientes la opresión de la finitud y el materialismo. Provocando la búsqueda, el deseo, de recuperar la trascendencia, pero también un terrible rebrote de las *formas patológicas de religiosidad* (superstición, brujería, hasta satanismo...).

En la misma Iglesia este ambiente cultural ha suscitado respuestas más o menos acertadas, dependiendo de análisis más o menos cuidados de las causas de un tal “ateísmo de masas”. Una fuerte corriente, aun viva, estableció el origen de este ateísmo, no en el escándalo de la guerra y la falta de una sólida y formada fe, sino en la separación de lo sobrenatural, con respecto a lo natural. Proponiendo una pastoral del acercamiento, hasta la confusión de los dos planos. La consecuencia la teología de adjetivos, el giro antropológico, el secularismo eclesial, la teología de la muerte de Dios, un nuevo modernismo que vaciaba de significado el lenguaje de la fe y transformaba a la Iglesia en una enorme ONG que sólo se justificaba por su compromiso político-social. Por otra parte, surge un integrismo religioso que ve el origen de todos los males en cualquier cambio, pero que acepta el subjetivismo moral de la ilustración para rechazar y escapar de la autoridad legítima de la Iglesia y constituirse en medida de la verdad y de la disciplina. Pero hay también, capitaneada por los legítimos pastores de la Iglesia, una reacción positiva que se ve bien reflejada en los documentos de Pablo VI, en el Sínodo extraordinario de 1986 y en el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Las claves: *recuperar el sentido de lo sagrado* en la Liturgia, *teología de la Cruz*, salvaguarda de la *comunión* y *espiritualidad de comunión* y proyección audaz a la *misión* y a la *nueva evangelización*.

Podemos afirmar que esta es la línea del Magisterio de la Iglesia y el punto focal del Pontificado de Benedicto XVI: *La afirmación y reconocimiento del primado de Dios*. Para lo cual: una Liturgia sagrada, bien celebrada, ligada a la verdad de la fe y la moral, todo belleza, manifestada en una augusta parquedad, teniendo muy en primer plano la actitud y los gestos de *adoración*. Y todo esto encuentra su saboreo y asimilación en un clima de oración, sin miedo al silencio, en una adoración que nace de la Liturgia Eucarística y lleva a asimilar, en la obediencia de la fe, los contenidos de la Liturgia hasta hacer sujetos capaces de ser testigos, de ser mártires.

7. En atención a todo esto, ¿ se puede pedir hoy que los Congresos Eucarísticos Internacionales sean también “escuela y testimonio de adoración”?

Esta realidad que ahora vivimos tiene que reflejarse también, es la posición que sostengo, en la constante adaptación pastoral de los Congresos Eucarísticos Internacionales. No se trata de perder ningún valor o centro de atención de épocas precedentes, pero se trata de potenciar desde las celebraciones litúrgicas las actitudes de *adoración* y ofrecer luego amplios espacios, más allá de conferencias, celebraciones y gestos de caridad, para una prolongada adoración. Afirmar rotundamente, con la celebración y la vida, en largos tiempos de adoración y procesionando por las calles, que “solo Dios es Dios” y que “Dios está aquí”.

Muchas gracias, “¡bendito y alabado sea Jesucristo sacramentado!”.